

Introducción

¿Alguna vez tuviste un sueño? No me refiero a un sueño mientras dormías. De esos tenemos muchos. Me refiero a un anhelo, a un proyecto que quisieras alcanzar y llevar a cabo. ¿Lograste convertirlo en realidad? ¿Recuerdas los obstáculos que se te presentaron en el camino? ¿Podrías expresar cómo te sentías cuando éstos aparecían y cómo reaccionaste ante ellos? ¿Te diste por vencido o seguiste adelante?

Hubo una persona, a quien seguramente ya conoces, que tuvo un sueño, pero uno de los que muchos podrían reírse o burlarse. Se trata de Biniamín Zeev Herzl, quien vivió en la segunda mitad del siglo XIX y soñaba con tener un Estado judío.

Obviamente, cuando tú naciste ya existía el Estado de Israel. Para ti, sin duda, esto es una realidad sabida, pero para tus bisabuelos no lo era. Desde la destrucción del Templo de Jerusalén en manos de los romanos hace 2000 años, vivimos sin un Estado, y por ello volver a tenerlo era un deseo, un anhelo, un sueño que muchos pensaban imposible de convertirse en realidad.

A diferencia de muchos grandes hombres de esa época, que también deseaban un Estado judío pero no lo creían factible, Herzl pensaba diferente. Y por eso logró juntar a todos los soñadores y líderes para formar un movimiento nacional, el llamado "Movimiento Sionista", que precisamente fue el que cincuenta años después logró la creación de Medinat Israel (Estado de Israel), que hasta nuestros días sigue actuando en favor del pueblo judío en Israel y en la Diáspora.

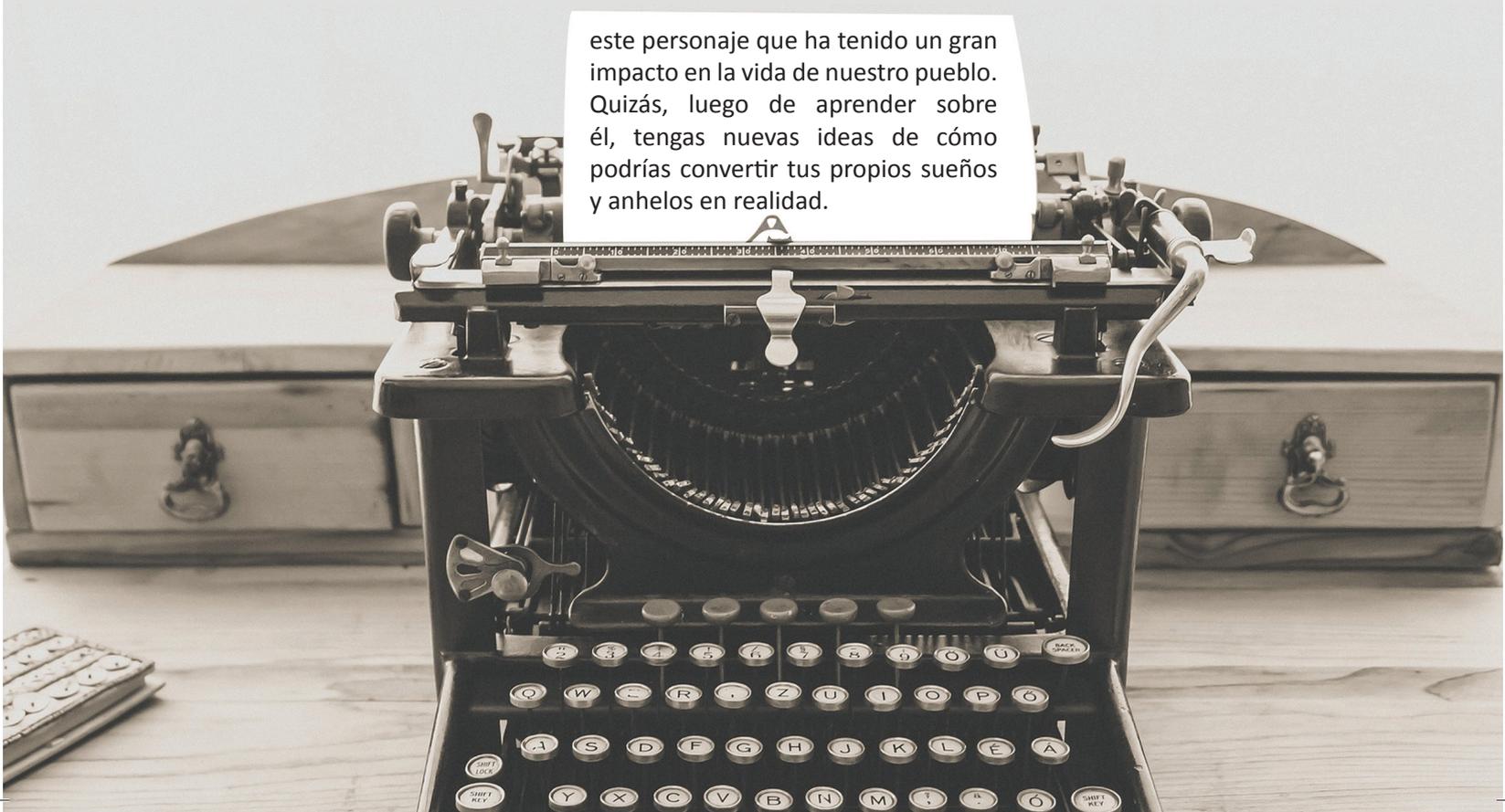
¿Cómo logró todo esto? Con mucha creatividad, inteligencia, pasión y trabajo incansable para promover esta idea. Herzl escribió libros, artículos para un periódico y viajó sin parar.

Si a Herzl le hubiera tocado vivir en nuestra época, no cabe duda que habría utilizado las redes sociales para convencer al mundo de la necesidad de construir un Estado judío.

En esta unidad vas a tener el gran desafío de escribir los "Posts", "Tweets" y mensajes que Herzl hubiera escrito en aquella época para lograr su objetivo. Al final de esta actividad, conocerás a profundidad a



este personaje que ha tenido un gran impacto en la vida de nuestro pueblo. Quizás, luego de aprender sobre él, tengas nuevas ideas de cómo podrías convertir tus propios sueños y anhelos en realidad.



*Herzl te cuento
rápidamente mi
vida, de apenas
44 años.*

Mi nombre es Theodor Herzl y Biniamín Zeev es mi nombre hebreo. Nací en Budapest, Hungría, el 2 de mayo de 1860, en el seno de una familia judía típica de Budapest. Asistíamos frecuentemente a la Sinagoga (la cual quedaba al lado de mi casa).

Estudí en una escuela primaria judía donde recibí una educación judía tradicional (que por cierto era de los mejores alumnos en mi salón en las materias de judaísmo), y realicé mi Bar Mitzvá como cualquier chico judío.

La educación judía que recibí en mi casa y en la escuela me hicieron una persona muy identificada con el judaísmo y orgulloso de pertenecer a mi pueblo; por ello, años más tarde me dedicaría de lleno a trabajar incansablemente por su bienestar.



Me crié en una adorable familia, amaba a mi padre Jacob y a mi madre Jeannette, ¡ella fue para mí todo! También tenía una hermana mayor, Paulina, mi única hermana, que lamentablemente enfermó de tifus y falleció a los 18 años de edad. A raíz de eso, una gran tristeza se apoderó de mi familia, hasta tal punto que decidimos cambiar de lugar de residencia, trasladándonos en 1878 a Viena, capital del Imperio austrohúngaro y de la cultura germana de aquel entonces, a la que yo tanto quise pertenecer. Allí estudié una carrera universitaria en la Facultad de Derecho, y obtuve el título de Doctor en Leyes en 1884, pero muy poco tiempo después tomé la decisión de dedicarme a mi gran pasión: la escritura. Escribí obras de teatro, comedias, artículos para periódicos, tal es así que llegué a convertirme en corresponsal en París del periódico vienés Neue Freie Presse.

Mi esposa se llamaba Julie, con ella tuve tres hijos a los cuales amé mucho: Paulina, Hans y Trude. Siempre que estaba fuera de casa les escribía postales, les llevaba regalos... Pero prefiero no hablar de mi familia por el momento, pues es una historia larga y dolorosa.



Durante mi vida presencié el antisemitismo en todas sus formas. Pero hacia 1894 este tema, al que muchos llamaron “el problema judío” o “la cuestión judía”, me comenzó a preocupar más que nunca; pensaba todo el tiempo en cómo se podía resolver. Creí que hacerlo público provocaría que la gente culta reflexionara acerca de él y eso traería la solución. Lamentablemente no fue tan fácil.

Formamos parte de un pueblo milenario, que había sido expulsado de su tierra 2000 años atrás, y desde entonces sufríamos persecuciones, matanzas, falsas acusaciones. Una y otra vez nos hicieron sentir que éramos miembros de un pueblo miserable, detestable y aborrecible.

Y como si esto fuera poco, sucedió algo que me hizo entender que a pesar de que los judíos estábamos “incluidos” como iguales en la sociedad europea, siempre seguiríamos siendo discriminados. Me refiero al “Caso Dreyfus”. En 1894 fui uno de los pocos periodistas que estuvieron presentes en la degradación pública del capitán judío Alfred Dreyfus en París. Dijeron que él era un traidor a la patria porque había vendido documentación secreta del ejército francés a los alemanes. En ese momento nadie sabía si era cierto o no. Años después todos supimos que había sido una falsa acusación. Lo terrible para mí fue que en el momento de la degradación, los franceses que estaban allí presentes comenzaron a gritar: “¡Muerte a Dreyfus!”, “¡Muerte a los judíos!”. Los oía y no lo podía creer. Supongamos que Dreyfus fuera culpable, incluso así, ¿qué culpa tenían los demás judíos? Por ello me di cuenta que también yo era culpable a los ojos de los parisinos.



Quedé muy conmovido. A partir de ese momento comencé a escribir un libro al que titulé en 1896 El Estado Judío. ¡Recuerdo la emoción que me embargó mientras lo escribía! En él expuse mis puntos de vista, definí la importancia de luchar por un Estado propio y hasta formulé líneas de acción para lograrlo. ¡Ay!, aunque hoy en día es un hecho sobreentendido, en ese momento era una idea revolucionaria! Lamentablemente algunos pensaban que era una locura y otros muchos se oponían.



Pero yo estaba convencido que la única solución posible era que nuestro pueblo lograra tener su propio Estado. ¿Acaso podría ser esto posible después de tantos siglos? Por supuesto, era una idea que más bien parecía una utopía, un sueño. Pero como escribí años más tarde en Altneuland, otro de mis libros: "Un sueño no se diferencia mucho de la realidad, como muchos piensan. A cada acto que la persona lleva a cabo, lo precedió un sueño".



Efectivamente, nunca nada me detuvo de ser un soñador. Quería convertir esta idea en realidad ¡y puse manos a la obra! Me di cuenta que, primeramente, debíamos actuar en el escenario político y conseguir el apoyo general

a esta idea. Comencé a tener contacto con los líderes de las grandes potencias mundiales y también con líderes de nuestro pueblo.

Sin embargo, entendí que para tener éxito era necesario que todos aquellos que compartíamos este sueño trabajáramos juntos. Por esta razón, convoqué en 1897 a un Congreso en la ciudad de Basilea, Suiza, al que invité a los representantes y activistas de las comunidades judías de los diferentes países.

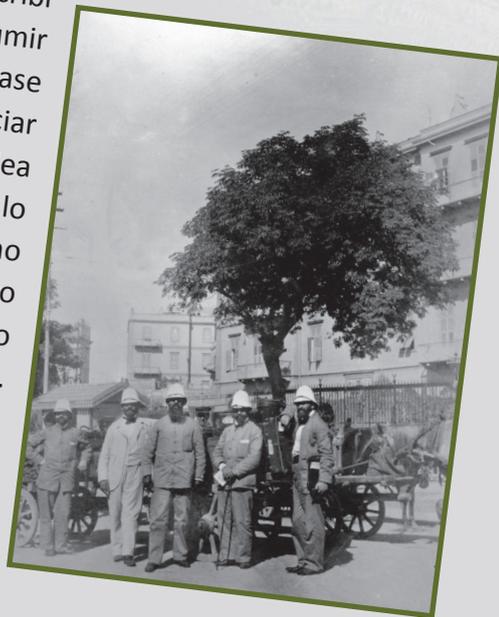
¡Fue un momento increíble y un éxito total! ¡Logré reunir a 208 delegados! ¡El primer encuentro de judíos de diferentes lugares después de 2000 años de exilio!, y más aún, ¡logré entusiasmarlos, crear en ellos la sensación de que estaban en una Asamblea Nacional! ¡He creado la Organización Sionista Mundial y es un verdadero orgullo!, además, ¡lo realicé con mínimos recursos...!



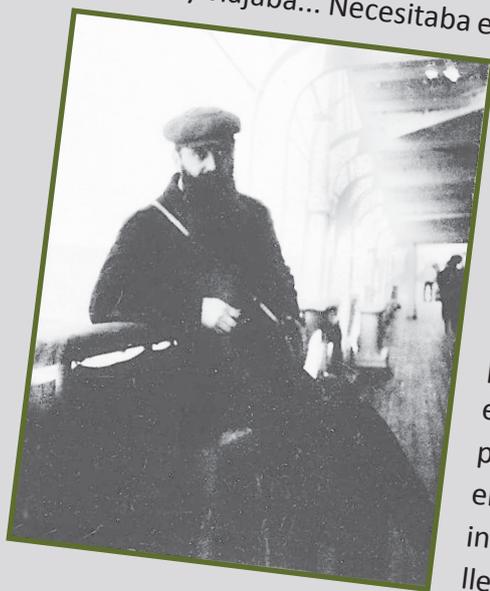
הסתדרות הציונית העולמית
World Zionist Organization



Cuando terminó el Congreso, escribí en mi diario: "Si tuviera que resumir el Congreso de Basilea en una frase —que me cuidaré de no pronunciar en público— sería ésta: 'En Basilea fundé el Estado judío'. Si esto lo dijera en voz alta, tendría como respuesta una risa general. Pero quizás dentro de cinco años, o dentro de cincuenta, todos lo admitirán". Resulta increíble que justamente cincuenta años después, el 29 de noviembre de 1947, las Naciones Unidas aprobaran el proyecto para el nacimiento de un Estado judío en la Tierra de Israel.



Después del Primer Congreso, llegó el Segundo, luego el Tercero... íbamos creando diferentes instituciones para ir concretando nuestro plan: fundar un banco para recaudar fondos, el Keren Kayemet, mediante el cual podríamos ir comprando tierras en Israel, y otras cosas más. El proyecto comenzaba a tomar fuerza. Y entre un Congreso y otro, así como ya lo venía haciendo antes, viajaba y viajaba... Necesitaba encontrarme con más líderes del mundo



y lograr que ellos apoyasen nuestro emprendimiento. Con tal de llegar a mi objetivo, estaba dispuesto a encontrarme con quien fuera. Estaba convencido de la importancia de esta labor, y la realicé con mucho empeño. Pagaba a mucha gente para que me consiguiera citas con estos líderes y con ello se abrieran puertas; sin embargo, muchos eran embaucadores. Sacrifiqué mi salud e incluso mi fortuna familiar. Pero así llegué a encontrarme, por ejemplo,

con el Sultán de Turquía, Abdul Jamil, en 1901; en ese tiempo la Tierra de Israel o Palestina (como era conocida por el mundo) formaba parte de los dominios de su Imperio, el Otomano. A él le ofrecí pagar su deuda externa a cambio de una autonomía judía en la Tierra de Israel. Antes ya me había encontrado varias veces con su aliado, el Káiser de Alemania, Guillermo II, y le expliqué las ventajas del proyecto. Trabajé duramente en el campo de la diplomacia... Para encontrarme con él, en octubre de 1898, viajé especialmente a la Tierra de Israel. Ésta fue para mí la oportunidad de conocer la tierra que tanto anhelábamos, y la única vez que pude estar en ella, donde habíamos tenido un largo pasado y gloriosos momentos, y donde yo sabía tendríamos también un gran futuro.

Visitar la Tierra de Israel fue para mí muy significativo, me movió mucho; fortaleció en mí la convicción de que mi sueño estaba a nuestro alcance. A pesar de los contratiempos que tuve en aquel viaje,

En 1903, antes del sexto congreso, sucedió algo terrible en Kishinev, Rusia



y a pesar de mi decepción del Káiser, a mi regreso comencé a escribir Altneuland, en español "Vieja y Nueva Patria". Tres años tardé en terminar esa obra tan querida; en ella describí minuciosamente cómo me imaginaba el futuro de lo que llamé "la nueva sociedad judía" establecida en Eretz Israel, la Tierra de Israel. Yo creía que todo lo que allí escribí era posible de realizar.

En 1903, antes del Sexto Congreso, sucedió algo terrible en Kishinev, Rusia. Hubo varios salvajes ataques contra la población judía, los llamados "pogroms" o linchamientos.

Mientras tanto, continué encontrándome con funcionarios ingleses, rusos, y con una lista muy larga de personas. La verdad es que de todos estos encuentros, prácticamente no surgió nada. A veces esto me decepcionaba y desilusionaba, pero nunca me rendí.

Hubo varios salvajes ataques contra la población judía, los llamados "pogroms" o

“
"Im Eshkajej Yerushaláim...
Si te olvidaré Yerushalaim,
que se olvide mi diestra"
”

linchamientos. Tantos miembros de nuestro pueblo que fueron asesinados me hicieron pensar que no teníamos mucho tiempo. Los ingleses me hicieron varias propuestas, entre ellas la de crear nuestro Estado en Uganda, en África. Expuse entonces, en el Sexto Congreso, la idea de aceptar Uganda como un "refugio temporal" para darle solución provisional a las desgracias que pasaba nuestro pueblo. Sin embargo, en aquel Congreso pasé uno de los momentos más tristes de mi vida, pues muchos de los presentes sintieron que yo los estaba traicionando, que había roto mi compromiso con la Tierra de Israel. Para que todos

entendieran que esto no era así, expresé a viva voz nuestro eterno juramento de fidelidad: "Im Eshkajej Yerushaláim..." ("Si te olvidare Jerusalén, que mi diestra olvide su habilidad"). La idea de Uganda no prosperaría, la Organización Sionista abandonaría luego este plan. Ninguna tierra podría suplir a la amada y anhelada Eretz Israel.



Llegó Llegó el año de 1904. Apenas había cumplido cuarenta y cuatro años. Aún era una persona joven, pero mi corazón falló, por lo que no podría ser testigo de la concreción de mi sueño. Otros serían los que continuarían mi labor.

El 15 de mayo de 1948, 5 de Iyar de 5708, David Ben Gurión declaró el nacimiento del Estado de Israel. Me estremece ver mi foto sobre la pared del salón donde hicieron la declaración, y más aún



leer entre los párrafos de dicha declaración la aseveración de que todo este camino comenzó en aquel Primer Congreso Sionista que convoqué en Basilea; esto es una forma simbólica de permitirme estar presente en ese maravilloso y emotivo momento y de reconocer que todos mis esfuerzos no fueron en vano. Ojalá en aquel momento también hayan recordado aquello que había escrito en Altneuland, frase que seguramente conoces y que espero también te acompañe durante tu vida: "Im tirtzú, ein zo agadá", "Si lo quieres, no será una leyenda".

"Si lo quieres, no será una leyenda"